

# **Nunca más tacones altos**

Marita Ferraro Scot

Marita Ferraro Scot nació en Uruguay y reside en Francia desde hace más de tres décadas. Es Doctora en Literatura y profesora titular de docencia e investigación en literatura e historia de América Latina, segunda mitad del siglo XX, de la Universidad Grenoble Alpes.

# **Nunca más tacones altos**

Marita Ferraro Scot

 ediciones dyskolo

## **Nunca más tacones altos**

Marita Ferraro Scot

Colección: Mujeres que cuentan

Segunda edición octubre 2021

Publicado por Ediciones Dyskolo

<http://www.dyskolo.cc>

ISBN: 978-84-124082-4-9

Depósito Legal: AB-446-2021

Impreso en España



**creative commons**

Este libro está bajo una licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados 4.0

[<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>]

Todos los programas usados para la edición de este libro son de código abierto (software libre), y la tipografía usada (Liberation Serif) cuenta con una [GNU General Public License](https://www.gnu.org/licenses/gpl-3.0.html)

“Se dice que hay varias maneras de mentir; pero la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad, ocultando el alma de los hechos.

Porque los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llenan”

*El Pozo.* Juan Carlos Onetti.

“Todo está cargado en la memoria,  
arma de la vida y de la historia.  
La memoria apunta hasta matar  
a los pueblos que la callan  
y no la dejan volar  
libre como el viento”

León Gieco

“Escribir es una tarea poco seria. Un individuo adulto dedica cientos o miles de horas de su vida a contarse historias. Nunca termina de creer que eso que está haciendo sea necesario para nadie”

*El libro que falta.* Carlos Liscano.



## Jornada 1

Las luces se encienden y los pasajeros del B777-300ER de Air France empiezan a salir de su letargo anquilosado. Toses, suspiros y contenidos bostezos acompañan movimientos lentos y frustrados en el reducido espacio que les permite la clase económica. La cola para el baño se estira en un pasillo aún a media luz, señoras teñidas de rubio inevitable y jovencitas con el tampax en la mano compiten por las primeras filas.

Poco a poco se recorren cortinillas que no anuncian la luz del día; en este invierno austral la noche reina aún y ni siquiera los aires de un tango en los altoparlantes ni los aplausos cuando el avión toque tierra en Buenos Aires podrán con ella.

Las azafatas de estricto tailleur azul, pañuelo tricolor al cuello, rodete y maquillaje impecables y el steward (¿o debería decir azafato?) de rara piel cetrina y cadencia melódica que en nada recuerda el cocoricó (¿o quiquiriquí?), se abren paso empujando el carrito y su sospecha de café caliente.

El suizo que a mi lado había roncado durante todo el viaje se apresta a desplegar sus artes de alpinista, bajando su mochila y hurgando en ella algún edelweiss extraviado, calzándose de nuevo sus gruesos borceguíes, como si el Aconcagua estuvie-

ra ya allí y no a más de 1.200 km del destino de este avión, como si se prestara ya a transformarse milagrosamente en andinista al asalto del centinela de piedra.

Aquí te dejo, mi moleskine, debo bajar la tablita y recibir la bandeja con el desayuno: ¿habrá alfajores?

Instalada ahora en el Buquebús, después de una azarosa e inquietante travesía de una Buenos Aires entre dos luces, con un taxista en quien no logré adivinar si aún no había dormido o si todavía seguía haciéndolo, mientras resonaba la voz de León Gieco en el estrecho espacio del vehículo, dispuesta a atravesar el charquito con mi mochila, sigo.

Aún no percibo el exotismo en estas gentes que me rodean, los nikes-blue-jeans-gorras-bolsas con compras y aspecto de maratón de las rebajas parecen salidos de las tiendas grenoblenses; a no ser por el voseo y el acento de las pocas conversaciones que me llegan.

El bar de abordaje no ofrece ningún aliciente a mi curiosidad etnográfica de nuevos sabores, todo parece plastificado, vuelvo entonces a mis hojas de rayas azules, pereza de sacar del bolso la laptop, como le llaman por aquí, ningún deseo de consultar los mensajes, a pesar de que el Juan Patricio cuenta con *servicio gratuito de Internet inalámbrico*.



co para que lo aproveche *la gran cantidad de clientes que viajan por Buquebús por temas de negocios*: no los había visto y con razón, viajan en primera clase.

Sopla el viento en las aguas turbias del Plata, salpican gotas ¿dulces? ¿saladas? sobre los vidrios del catamarán que se desliza y titubea. Delante nuestro asoma un increíble y luminoso sol invernal que haría palidecer al mío del norte en pleno verano. Echo una ojeada a los titulares de *Página* que pude procurarme antes de embarcar; ningún diario uruguayo a mano. Me aburro; estas tres horas comparadas con el largo viaje, primero en tren hasta París, luego en bus hasta el aeropuerto, la espera, el vuelo de trece horas... parecen poca cosa y sin embargo no es así. Las páginas brillantes y glaseadas de *Buquebús Magazine*: bellezas del mercado y del consumo versión Sur chic, con un artículo que atrae mi atención: *24 hs. en montevideo*. ¿Tan pequeña será que tan poco tiempo basta para conocerla, tan pequeña que se la puede resumir así, con minúscula?

¿Qué me ha contado mi madre de esta ciudad que me apresto a descubrir y que ella dejó tan pequeña? Nada. ¿Qué recuerdos me transmitió mi abuela que aquí vivió casi la mitad de su existencia? Muy pocos. ¿Qué he aprendido en mis cursos de la universidad? Sólo lo suficiente como para que me picara la curiosidad de saber, para incitar-

me a emprender este viaje, realizar mi investigación y obtener un diploma, ¡al fin! Que ya llevo cinco años calentando sillas de aulas universitarias y es tiempo de ver el mundo y la vida.

Para ellas entonces, mi madre y mi abuela, me propongo llevar un diario de este viaje.

Afuera brilla un engañoso sol de invierno, sé que la luz no corresponde con la temperatura real. Hace frío, lo pude comprobar, al bajar del avión y seguro echaré mano a mi bufanda cuando llegue a puerto.

¡Ahí! Ahí está, a mi izquierda, casi podría tocarlo con la mano, irguiéndose al borde de la bahía, ese Cerro contado por mi abuelo alguna vez, arropado en el misterio de su pasado y sus silencios.

Del otro lado, el edificio del puerto reverbera en la mañana anunciándose cercano, como flotando entre otros navíos pequeños y coloridos, junto a naves de guerra, grises, de aspecto viejo y cansado. La primera bandera que atisbo sobre una de ellas hace volar en el viento mañanero sus restos celestes y blancos, desflecados, raídos.

Las paredes vidriadas de la zona de desembarque juegan con la imagen del buquebús, reflejando su silueta, cortando sus líneas como un cuadro cubista.

La corta pasarela que lo separa del muelle, ya instalada, ha dejado paso a una brigada de limpiadores con tarjetas identificatorias prendidas del pecho que suben a bordo antes de que bajen los pasajeros, enarbolando aspiradoras, escobas y trapos como singulares armas y estandartes, dispuestos a devolver al barco un aspecto impoluto que será nuevamente mancillado, para que, dentro de unas horas, otra vez, del otro lado del charco, nuevas brigadas con otra bandera recomienzen la faena.

El grupo musical que había hecho la travesía pasa delante de todos: guitarras, baterías, bolsos, peladas, melenas y barbas sortean la cola que se va formando y se alejan. ¿Quiénes serán? No me atrevo a preguntar y se llevan consigo el misterio de una posible melodía.

Primeros pasos en tierras montevidéanas, la fila se desplaza con gran lentitud hasta alcanzar el puesto de aduanas. Ya está: en mi pasaporte un sello, ni totalmente redondo ni completamente rectangular sino rectangular de ángulos redondeados con una fecha y un número, atestigua mi entrada.

Un perro negro de orejas pegadas y aspecto desagradable, contradiciendo el aire juvenil de su amo al otro extremo de la correa, huele mi mochila. Nada ya me impide salir al aire libre, estirar

mis piernas y caminar hasta la salida en busca de un taxi.

La ciudad empieza recién a salir de su modorra de la noche, las tiendas abren perezosas sus cortinas metálicas, barrenderos improvisados quitan de las veredas un supuesto polvo milenario, detrás de los cristales de los cafés se despliegan las páginas de los diarios del día, sube el vapor humeante de los pocillos blancos y mis temores se alejan pues el taxi trepa lentamente, sin prisas ni angustias por una calle empinada que no conozco, hacia el destino que le he impuesto: la dirección de un pequeño hotel en el centro de la ciudad.

Inesperadamente gira a la derecha y la calle, desierta, se vuelve estrecha. Edificios grises a ambos lados, testigos sobrevivientes de una ciudad colonial, pocos comercios con sus rejas metálicas cerradas, un perro vagabundo, flaco y sarnoso atraviesa la calzada obligando una brusca frenada. La voz del taxista, como un latigazo, golpea en el vidrio que lo separa de mí. Vuelve a girar dos veces a la izquierda y llegamos a la vuelta obligada por la plaza principal, el taxista sabe que no soy de aquí (¿o sí lo soy y soy también de allá?), la estatua del prócer desafiando el tiempo y las ideologías —*dixit* el taxista—, enfrente un alto edificio barroco que descubro asombrada, el más alto de América en su época, por cuyas paredes trepó un

día el “hombre mosca” (lo leí en un cuento de un escritor de estas tierras) y que albergaba, parece, un viejo café al que, cuenta la leyenda familiar, iba diariamente el abuelo de mi madre, el Tupí Nambá, antro de artistas, escritores, poetas, políticos, intelectuales y *turfistas*.

¿Ya empiezan los fantasmas a aparecerse en pleno día?

Es que mi memoria de lo desconocido es como un puzzle desarmado, las piezas sueltas aparecen y desaparecen sin orden ni concierto, en el recuerdo de recuerdos de otros, llegan de un pasado lejano que no es mío, hasta este presente, invadiéndolo.

Y en este presente ya va el taxi por la avenida principal, sin darme cuenta, ensimismada y temerosa de las jugarretas de la imaginación, oigo de pronto la voz del taxista, “aquí es, son cincuenta pesos” y como no tengo esos “pesos”, le propongo euros o dólares, que acepta sin discutir, consciente del largo paseo realizado.

De : amalia (amap@gmail.com)

Envoyé : jeu. 28/07 13:43

À : Nacha Olmos  
([nachamolmos@hotmail.com](mailto:nachamolmos@hotmail.com))

Hola mami,

Llegué bien, ¡estupendo! No te preocupes por nada. Ya estoy instalada en el hostel que había reservado por Internet.

Por ahora no he visto a mucha gente, parece que no hay muchos pensionistas, mejor así.

El hostel está a dos pasos de 18, detrás de la Intendencia (eso me han dicho, todavía no salí a recorrer el barrio), te lo digo para que te imagines el lugar puesto que conocés la ciudad.

Ahora me voy a dar una ducha y después te cuento más detalles del viaje.

Abrazos a todos, los quiero (un beso a la abuela).

Amalia

Bueno, clic y enviar, que este teclado de la compu del hostel me pone los pelos de punta, no encuentro las letras, ¡vaya que por ahí debía empezar el cambio!

Ahora derecho al baño, que no es privado y a aprovechar que no hay nadie a la vista.

Mientras corre el agua caliente por mi cuerpo me imagino el río Santa Lucía que prometí visitar.

Agua de río para mí, acostumbrada a las frías aguas acumuladas del deshielo de los Alpes.

Miro por la ventanita, veo a lo lejos el final de una calle y ya me siento extrañando que en su extremo no haya una stendhaliana montaña sino una sospecha de río-mar y me digo que cuando bajé del taxi me gustó el aspecto de este viejo caserón de principios del siglo pasado que ha sido restaurado, o reciclado como les gusta decir en estas latitudes, con bastante gusto. La entrada se hace por una escalera de mármol, rodeada de paredes de un naranja desafiante. Tras la puerta acristalada, un patio recibe la luz de altas claraboyas, alrededor del cual se abren las habitaciones del primer piso. Mi cuarto no es individual, apenas si la beca obtenida alcanza para pagar uno compartido, pero por ahora dispongo sola del espacio y del amplio balcón con baranda de hierro forjado que da a la calle.

Ahora me espera la tarea por cumplir tras las huellas del enigmático escritor Sergio Tagoni. No sé por qué acepté este tema que me parece tan sin sentido. Quizás me haya picado la curiosidad, exacerbada por una cierta dosis de aventurerismo pues poco y nada se conoce de él. La verdad es que me siento bastante perdida para emprender la investigación. Lo mejor será revisar las notas que traje y empezar por repasar lo que se sabe de sus publica-

ciones. Y luego tratar de obtener alguno de sus libros pues aún no los he leído. El inviernito sureño se presta para esta actividad, la calefacción funciona en el hostel y hay tranquilidad. Creo que el primer paso es ir a buscar las referencias y las obras en la Biblioteca Nacional.

Ya vestida, unos golpes discretos en la puerta me sacan de mi soliloquio, abro: una chica poco mayor que yo, arrebujada en un poncho de telar, el pelo negro (al fin una no rubia) lacio y largo atado en una cola de caballo me sonrío y por señas intenta preguntarme si todo está bien, un ok silbado y dedo pulgar levantado.

—Sí, gracias, todo perfecto.

La sorpresa le amplifica su sonrisa que se despliega en magníficos dientes blancos:

—¡Pero ché, no sabía que hablabas tan bien, casi como nosotros! ¿Necesitás algo? Soy Sara y me ocupo de los huéspedes por la tarde. Bienvenida entonces.

Aprovecho para preguntarle dónde queda la Biblioteca Nacional.

—Aquí cerquita nomás. Mirá, cuando salís, su-  
bís hasta 18 y de ahí seguís a la derecha. A unos diez minutos la vas a encontrar, siempre por la derecha por la misma vereda. No podés equivocarte,



tiene una estatua de... bueno ni me acuerdo, son dos estatuas a ambos lados de una escalera, ya las vas a ver.

Excelentes indicaciones, sobre todo las referencias culturales, pero no importa, lo que queda claro es que tengo que comprarme un plano de la ciudad, aunque el *magazine* del buquebús y su visita en 24 horas alertaba de que era imposible encontrar uno en ningún sitio...

Rumbo a 18, me acabo de enterar que no es solo un número sino el nombre abreviado de la avenida 18 de Julio, recién me doy cuenta de que no he comido nada desde el desayuno en el avión. Me digo que es hora de entrar en algún lado, en esta *brasserie*, cervecería, chivitería, o como se llame este tradicional establecimiento que vende precisamente los chivitos tan deseados por mi abuela y que no son chivos pequeños como yo me imaginaba.

Después de un enorme plato repleto de toda la gastronomía sacada de un libro de recetas especial colesterol y quilos de más que no pude acabar, emprendo el camino hacia la Biblioteca. Pero, qué extraño placer el gusto de lo que acabo de descubrir, el de un chivito al plato. Nunca había comido una carne tan sabrosa y tierna. Igual, ¡cuidado!, que no podré reponer mi vestuario, aunque los precios que

se anuncian en las vitrinas de las tiendas sean tan alentadores.

Pensando en estas tonterías voy buscando estatuas y escaleras que me indiquen el lugar de la Biblioteca. El camino se me hace muy corto pues allí están las estatuas, ¡¡Bravo!!

Cervantes y Sócrates parecen estar allí, esperando al visitante para darle la bienvenida.

En la entrada, luego de pedirme la cédula, que no tengo, o el pasaporte, que sí le entrego y examina por todos los costados, el recepcionista, –asombrosamente joven y con aire melancólico, pensando ya en los años que pasará detrás de ese mostrador hasta que le llegue el tiempo de jubilarse, si el Uruguay benedettino que tengo en la memoria prestada sigue funcionando– me explica con lujo de detalles el camino a seguir para mi búsqueda bibliográfica.

—Allí está la Sala Uruguay: donde podés encontrar todos los libros y folletos impresos en el Uruguay, sean o no de autores uruguayos, así como las obras de autores uruguayos publicadas en el extranjero y los trabajos que sobre el Uruguay se publican fuera del país. Hay un área independiente que incluye una confortable sala de lectura, en la cual, como investigadora extranjera, también para los de aquí, claro, se te ayudará en tu búsqueda. Hay allí un ca-

tálogo cronológico donde se registran, por año de publicación, todos los libros y folletos que ingresan a la Biblioteca. Concretamente, para poder trabajar con un libro en la sala tenés que ir al fichero, que se divide en tres tipos: Autor, Título o Tema. Agarrás una boleta en el mostrador de referencia y bibliografía. Luego llenás el formulario en su totalidad (¡ojo! la boleta y los dos talones). Copiás solo la colocación e inventario ubicado en el ángulo inferior izquierdo de la ficha.

—Muchas gracias, ¿así de simple?

—Bueno también podés usar uno de los ordenadores disponibles, digitás el nombre del autor, libro o tema; y enseguida te da su disposición, la ubicación exacta del material que estás buscando.

¡¡Enhorabuena!! Haber empezado por esto...

Instalada frente al ordenador, repaso la lista de las obras y fechas de publicación de Sergio Tagoni. Sé que hay algunos poemarios entre 1950 y 1965, y aún antes alguna publicación en una vieja revista, también crónicas deportivas en la prensa, pero me he propuesto abordar solamente su narrativa. Busquemos entonces *Ríos desbordados* (1959), *Juan Futuro* (1964), *Crónica de la muchacha* (1967) y las novelas que siguen hasta 1982, cuando deja de publicar sin que se sepa por qué. Creo que también hubo algo publicado en

París después de su muerte, eso lo leí en un compendio de literatura comentada de Darío Talpetto (engorroso, ampuloso y vacío), pero todas mis investigaciones se mostraron absolutamente infructuosas.

Tecleo el nombre del autor y el primer título; la pantalla destella; lento, lento, el cerebro oculto hace trabajar sus chips buscando en el meandro de sus ecuaciones los datos pedidos. Así, como si la máquina remontara por pasadizos oscuros e intrincados en un tiempo lejano y desconocido, temiendo a cada paso el surgimiento de un ser maléfico, luego de unos segundos que me parecen horas eternas, empiezan a alinearse números y letras que podrán conducir a algún funcionario hasta estanterías que imagino iluminadas por una luz cenicienta, partículas de polvo danzando en el aire encerrado, formando arabescos y mensajes codificados.

Al final se me informa que sólo las publicaciones de los últimos años están contenidas en el fichero.

Vuelvo a los viejos archivadores de madera cálida y patinada por el tiempo y las manos. Sigo con los ojos la progresión alfabética y me detengo delante de la letra “t”. Paso una a una las fichas y al fin encuentro lo buscado.

Después de haber rellenado los formularios según las instrucciones del joven melancólico, recti-

ficando mi información inicial pues *Crónica de la muchacha* aparece publicada no en 1967 como lo afirma Darío Talpetto, sino en 1987, un error que puede atribuirse a algún “duende de la imprenta” responsable de cambiar un “8” por un “6”, pero esto además cambia la referencia a la última publicación según la bibliografía, incompleta y errónea, con la que cuento, pues entonces Tagoni habría dejado de escribir no en el 82 sino cinco años más tarde —he visto como esos formularios se fueron de la mano de una mujer de pelo blanco que parece arrastrar cadenas más que caminar, cansada y mustia—.

Si subí las escaleras de entrada casi corriendo, ahora las bajo tan agobiada como la mujer de pelo blanco: nada, ninguno de los libros que busco fue encontrado en el acervo de la mayor biblioteca del país.

—Pero las cifras, las letras, las referencias, venga conmigo a ver, todo eso figura en las fichas, intento argumentar.

—Señorita, llevo más de cuarenta años buscando los libros que otros me piden, conozco cada estante, cada rincón, nunca antes me había sucedido algo semejante. Ni siquiera cuando todo el fichero se consultaba a mano, pasando un dedo húmedo entre cada ficha, una a una, cuando no existían ni

computadoras, ni informática ni nada de nada. Comprendo su desconcierto que es tan grande como el mío. Me figuro que ha recorrido más de 15.000 km buscando algo que le interesa y que no puedo darle: ningún libro figura con esos datos. Lo siento realmente.

Afuera, en esta *ciudad de todos los vientos*, un soplo helado me envuelve y castiga, y yo que me imaginaba vivir una aventura clásicamente latinoamericana me parece estar convirtiéndome en protagonista de una secuencia de mala película de serie B.

Ya no brilla el sol, nubarrones grises y negros se han apoderado del espacio estelar, las primeras luces del alumbrado público recortan figuras grises que se apresuran y apretujan en las paradas de autobuses.

Enfrente, una luz incierta dibuja el perfil de hombres y mujeres detrás de las ventanas de un café: leo "Sportman".

Entro, me instalo en una mesa en un rincón, pido un café y me asalta un recuerdo adquirido, una imagen en ocres y negros, hombres y mujeres con sus sombreros puestos, inmóviles, como fijados en el tiempo de un reloj borroso, tranquilos y a la espera de algo que no se sabe qué es.

Y empiezo a sentir la impaciencia de una empresa no empezada aún y que ya naufraga.